

Los cuadernos de don Rigoberto (1997)

Coctel de cortesía

Rodolfo De la Riva Cachay

Si bien ya no crea la repercusión de antaño, cuando las sociedades señalaban con el dedo a la censura y a los escritores eróticos eran una suerte de pensadores inflamados y revolucionarios, quienes con su literatura desafiaban a lo entonces establecido; ahora la línea de división entre lo "erótico" y lo "pornográfico" es más delgada y sensible. El mundo se ha ido serenando con los años, sí, pero la narración ahora tiene que guardar cuidado para no recaer en estereotipos, condicionamientos o monotonías. Por eso aparece lo erótico como un ingrediente dentro de un mundo diverso y complejo. Un mundo que, evidentemente, no podría ser enteramente solo sexo; existe la necesidad de insertar factores literarios para no caer en la monotonía o previsibilidad que ocasiona el placer vacío y hasta inverosímil.

En la literatura erótica, por eso, parece que se hubiera vertido un vaso de whisky con hielo apenas derretido y un par de copitas de apple Martini, las que habrían mojado las páginas de los libros con la intención de desinhibir al lector. En este caso, los bordes del vaso están humedecidos por la prosa fetiche del dueño del cuaderno, don Rigoberto. El personaje que se detendrá a verter el tequila junto al Cointreau en tu propia boca, a medida que los secos de margaritas vayan recorriendo cada capítulo, en forma de anécdota sexual con Lucrecia, sonrisa misteriosa y coqueta de Fonchito o pensamiento personal escrito en su cuaderno.

En este intento por destaparse de los condicionamientos o prejuicios que puede llevar el hablar de sexo sitúa la faceta enamorada de Rigoberto. Un corredor de seguros, maduro, grandes orejas, inmensa nariz, maniaco de su limpieza y de la de su amada Lucrecia. Un hombre que está completamente embriagado de amor hacia su esposa y que le rinde culto

con fanatismo y sin perversiones visibles. Se adentra a escribir en sus cuadernos (especie de diarios personales) una carta al dueño de *Playboy* replicando su postura sobre el erotismo. "Para usted, pornógrafo, lo único que cuenta a la hora de hacer el amor es, como para un perro, un mono o un caballo, eyacular, Lucrecia y yo, envíenos, hacemos el amor también desayunando, vistiéndonos, oyendo a Mahler, conversando con amigos y contemplando las nubes o el mar".

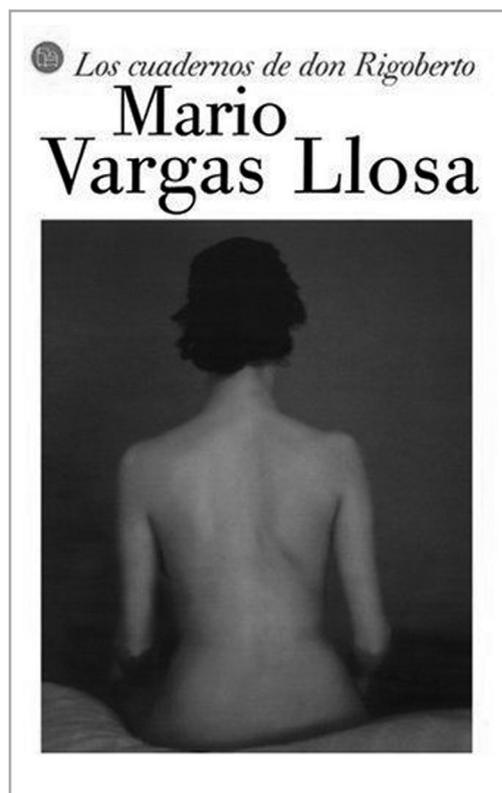
Muestras así, de una personalidad hedonista con una definición sobria sobre el erotismo y sus sentimientos para el ser amado, se irán dejando como pequeños sorbos para el lector. Una imagen que se trabajará a medida de las confesiones que nos comparta don Rigoberto gracias a sus cuadernos: historias cortas y largas en forma de *shots*, con bebidas coloridas y nombres exóticos que lograrán que desnudemos poco a poco una única verdad. Se usarán opiniones nunca dadas, odios o pasiones silenciosas, pero al fin todo siempre desembocando en su diosa, la dueña de cada pedacito de su dignidad, doña Lucrecia. Una mujer de cuarenta años muy decidida: "No envejeceré nunca, rezó, como cada mañana, al bañarse. Aunque tenga que vender mi alma o lo que sea. No seré nunca fea ni desdichada. Moriré bella y feliz", con una figura envidiable que la ayuda a conseguir todo lo que se propone. Dedicada al arte, el vino, a disfrutar del amor y recordar sus aventuras. Capaz de embriagar de felicidad a su querido Rigoberto todas las noches en su casa de San Isidro, vestirse de mujerzuela, dejar que la bese apasionado de los pies a la punta de los pezones y amarlo toda la noche.

Un solo esguince hay en la postura de mujer monumental que se le concede, una debilidad irreconocible a primera vista, pero ya

consagrada en *Elogio de la madrastra*. Un pequeñín, álter ego de un pintor europeo del siglo pasado condenado a una vida miserable (Egon Schiele), el niño más y menos cándido del mundo, precisamente su hijastro: Fonchito. Inseparable nexo entre su padre y su madrastra, se convierte en el toque final para la concepción del trago erótico. Él, personalmente, agitará y servirá el gin en la coctelera con hielo y cáscara de limón al gusto. Ahora arrepentido, pero aún con un misterioso espesor en su mirada, vuelve a tener un tipo de contacto con su querida madrastra en sus clandestinas tertulias cuando faltaba a las clases de arte, entre juegos eróticos y susurros que advierten al lector que algo sospechoso pasará.

Se tendrá que estar atento y a la defensiva para reaccionar ante el más minúsculo indicio, como un hombre borracho que se esfuerza en disimularlo, Fonchito se pasea por la historia tejiendo especulaciones, fomentando el debate interno sobre si en verdad es un angelito o un maldito: "Fijó la vista en los ojos claros y translúcidos de su hijo, buscando el brillo malévolo, ese guiño o inflexión de luminosidad que delatará su maquiavelismo, su estrategia, su doblez. No descubrió nada: sólo la sana, clara, pulcra mirada de la conciencia inocente".

Una suerte de perversión enciende el texto de Vargas Llosa, como un afrodisiaco incita a seguir leyendo cada escrito de los cuadernos de don Rigoberto, para comprender cada vez más esta dichosa familia, que por momentos se comporta de forma depravada rozando la sensibilidad moral del lector. Estratégicamente vista desde los ojos del fetiche, una cabeza de familia que solo se concentra en sus noches apasionadas y sus manías antes y después del acto sexual. Un



devoto de Lucrecia, que tolerará todo para reincorporar a su hijo y a su amada, por medio de constantes actos de fe, solemnes y, tal vez para algún lector, controversiales. "A pesar de todo, formamos una familia feliz ¿no, Lucrecia?".

Así es como Vargas Llosa presenta sus personajes en la misma línea en la que se ha pronunciado sobre temas como el individualismo y las libertades personales durante toda su vida, con una concepción amplia del amor y del sexo, liberales con respeto y sin caer en prejuicios o condicionamientos, capaz por ejemplo de tolerar el sexo fuera del matrimonio o incluso el incesto entre sus personajes. Los cuadernos de don Rigoberto no serán sino la ventana para adentrarse a este mundo ficticio y lleno de erotismo, el sorbo completo de una bebida que quema las entrañas, una biografía en la que los personajes, de comienzo a fin, se guían bajo sus conceptos, opiniones y principios, justificados los más íntimos posibles en cada página húmeda de sus cuadernos, dejando al lector en un debate interno sobre las controversias morales, pero a su vez extasiado y efervescente como una cuba.